



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XLI

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NÚM 11776

REGLAS DE SUSCRIPCIÓN

En la Península.—Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extra-
jero.—Tres meses, 11'25 id.—La suscripción se contará desde 1.^o
y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración

REDACCION Y ADMINISTRACION MAYOR 24

VIERNES 8 DE FEBRERO DE 1901

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico; ó en letras de
fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette rue Caumartin
61; y J. Jones Panbourg-Montmartre, 31.

COMO LOS MUERTOS

Así permanecen de callados los que á estas horas deberían haber dado manifestaciones de robusta vida.

En tanto, los extraños trabajan con ahínco, unos en la seguridad de obtener el fin propuesto y otros con la esperanza de lograrlo.

«El Nacional» de Lorca lo decía ayer: la población lorquina ha respondido á las peticiones de los procesionistas con mas largueza que en los tiempos antiguos. El comercio de aquella población ha entendido por fin cual era su interés y en pro del mismo sacrifica el dinero, para recogerlo aumentado más tarde.

Con tal antecedente ya no cabe dudar; los lorquinos realizaron sus procesiones de Semana Santa y atraeran a un número considerable de cartageneros. Y si cuando se verifican simultáneamente en Lorca y en Cartagena las fiestas religiosas hay muchos habitantes de esta población que van á presenciárlas ¿qué no pasará este año si no hay aliente que los detenga aquí? Preparémonos a vivir en el desierto, una semana entera, los que por ocupaciones perentorias ó por otra causa cualquiera nos venimos obligados á quedarnos en casa.

Y no hablémos de la atracción que tienen para Cartagena las fiestas de Murcia; de eso no cabe hablar en sentido hipotético, pues la experiencia de los años pasados nos permite asegurar que es grande. Y este año resultará mayor, pues nadie que tenga unas cuantas pesetas disponibles se ha de resignar á la soledad silenciosa que ofrecerá Cartagena la Semana Santa, cuando por poco dinero y alejándose corto trecho de estos muros, puede hallar el movimiento y la animación que aquí falta.

Y en verdad que la elección no admite duda. Cartagena no ofrecerá atractivos y en Murcia y Lorca los habrá sobrados. Aquí no quedará ni la tertulia cotidiana del café; el paseo estará abandonado y en cambio Lorca y Murcia estarán rebosantes, plélicas de forasteros, de esos forasteros que anualmente vienen á Cartagena á ver las procesiones y que este año se quedaran en Lorca y Murcia.

Y es muy natural: Murcia les brinda placeres, entretenimientos, diversiones; allí van á ver lo que aquí no verán y por apéndice—apéndice brillante que por sí solo saca á las gentes de sus casas y de sus pueblos,—les daran una batalla de flores, un entierro de la sardina que cada año resulta mejor y una fiesta taurina muy bien presentada y mejor preparada.

¿Qué tal? ¿Qué les parece á los interesados el porvenir que nos espera?

Y al hablar de los interesados no nos referimos á los procesionistas. Estos están siempre en la brecha, dispuestos á quemar el último cartucho. Nos referimos á los comerciantes, á los industriales, á todos los que teniendo tienda abierta obtienen beneficios en esas épocas en que acude la gente á gastar el dinero.

Ya lo saben; los lorquinos hacen sus procesiones, que tienen justo y universal renombre; los murcianos tienen un programa de festejos de clase superior. En cambio nosotros estamos callados, inactivos, indiferentes como si esa indiferencia no se tradujera por dinero, que en último caso representa una pérdida.

A ellos toca hablar, mas sino hablan pronto no tendrá remedio el mal que les espera.

¿No hay por ahí quién pida la palabra?

TIJERETAZOS

—«¿Adónde vamos?»—pregunta La Atalaya de Santander.

Y enseguida arremete contra el Gobierno y no deja uno sano desde los tiempos de Fernando VII.

Porque eso sí, La Atalaya es carlista hasta la médula de los huesos y pone de oro y azul á Pérez Galdós.

Como que á última hora va á resultar D. Benito un zascandil sin talento ni nada.

Los señores Silva y Romero Robledo han conferenciado larga y detenidamente.

Me es como.

Pero mucho más deben escamarse los gremios de Madrid, aquellos que dieron el banquete á D. Francisco en el Frontón central.

Y no digo nada de los republicanos coruñeses que se agasajaron para hacerlo suyo.

¿Si tenía que ser!

Leemos:

«En la secretaría particular del ministro de Hacienda se presentó ayer un individuo exigiendo con amenazas que se le diera una colección.»

Y logró su objeto.

Como que acto continuo fue colocado en la cárcel en clase de pupilo.

Y aun es posible que, debido á su franca manera de pedir, se le premie dándole un ascenso.

De preso á presidiario.

En Murcia y Granada se han presentado casos de hidrofobia.

No es extraño.

Pero lo es que no se presente la rabia más en grande.

Porque cuidado que hay rabia alucinada.

Políticos hay que están pidiendo la morcilla como medida de pública salud.

En Lisboa hay alarma grandísima por creer que los boers han invadido la colonia de Lorenzo Marques.

No hay que tener miedo.

Los boers son unos infelices y se han reunido muchos grandes para acogotarlos.

Ahora bien; pudiera ponerse Dios de parte de los boers y entonces ¡boca abajo los gordos!

MUJERES CELEBRES



ISABEL LA CATOLICA

Nació en Madrigal (Avila) el 22 de Abril de 1441.—† en Madrid en 1504.

Para no incurrir en peligrosas inexactitudes sobre el origen de esta gran figura, trasladamos lo que acerca de doña Isabel I dice un escritor célebre:

«En el obscuro cuadro en que se agitan las figuras del débil é impotente rey Enrique IV, de su ambiciosa mujer la princesa doña Juana de Portugal y del orgulloso favorito D. Beltrán de la Cueva, que en pocos años se eleva desde paje de lanza á la alta dignidad de marqués de Ledesma, duque de Albuquerque y gran maestro de Santiago, aparece la infanta doña Isabel, como la luz que ha de guiar á Castilla á puerto de salvación.»

Carada esta reina con don Fernando, rey de Aragón, y siendo la soberana de Castilla, debióse á ella la expansión de los moros, de tan diversos modos juzgada; el haber abastido el orgullo y despotismo de los grandes; el restablecimiento é imperio de las leyes; el mejoramiento de la administración pública; la recopilación de las Ordenanzas, y finalmente, el descubrimiento de América, para lo cual dió á Colón, con sus alhajas, los alientos que los sabios quitaran al inmortal genovés.

Fué la reina más adorada de su pueblo; pero cebada en ella la desgracia por la muerte de su hijo don Juan, de su hija Isabel y la locura de su otra hija doña Juana, murió de tristeza, más bien que de la enfermedad del pecho

que haéis algún tiempo lo aquejaba, en 1504.

Curiosidades

Los adelantos en la construcción de buques han contribuido mucho á la seguridad de la vida de todos los marinos.

Hace doce años se perdía un marinero por cada 100, ahora calculase que no muere más que uno por cada 256 en los naufragios.

Un periódico médico dice que es curioso el hecho de que en los choques de los trenes casi todas las personas que van durmiendo se libran de los malos efectos del choque. Créese que las preserva el mismo anestésico de la naturaleza.

Los cuervos son unas aves que han intringado casi siempre á los naturalistas.

Se les ve reunidos á lo mejor en inmensas bandas; sobre todo á fines de otoño, y entonces celebran verdaderas reuniones durante las cuales parece que juzgan á los que entre ellos se han hecho culpables de algún delito. Se le ha visto deliberar y después apartar á algunos de los suyos á alguna distancia y matarlos á picotazos.

Ahora se ha descubierto una nueva particularidad de ellos.

Se han hecho ensayos para emplearlos en vez de palomas mensajeras. Al efecto, se ha domesticado á algunos que luego eran llevados á otra parte donde los soltaban, y enseguida volvían á la casa donde los habían cuidado y siempre habían encontrado amplia provisión de carne.

Las cosas marcharon bien durante todo el verano, pero cuando en otoño volvieron á la comarca los cuervos silvestres, los domesticados empezaron á desmoralizarse y en muchos casos no volvieron.

Entonces establecióse un servicio de vigilancia para averiguar lo que sucedía.

Pudo verse entonces que cuando una bandada de cuervos salvajes descubría un cuervo mensajero lo perseguían, y por persuasión ó por violencia lo obli-

RENATA MAUPERIN

17

BIBLIOTECA DEL ECO DE CARTAGENA 16

RENATA MAUPERIN

13

agreste y magnífica naturaleza, que terminaba en un estanque de cien faenas, y un bosque de encinas antiquísimas, prados encerrados entre canales de piedra de tallán que brotaban manantiales de agua viva, una vegetación de desierto abandonado á sí mismo desde la Revolución, flores silvestres, sendas de obras y ruinas de jardín sobre ruinas de edificios. Algunas piedras sobrevivían aquí y allá; quedaban la puerta y los bancos en que se daba sopa á los mendigos; en unos puntos el ábside de una capilla destechada, en otros siete pilos desmantelados. El pabellón de entrada, construido á principios del siglo último, era lo único que aún permanecía en pie, casi intacto: allí fué donde se estableció M. Mauperin, y allí vivió hasta 1830, solitario y abismado en el estudio y la lectura, aborreciendo una educación inmensa; un saber general; devorando historias, filósofos y políticos, y profundizando las ciencias industriales. Sólo abandonaba los libros para tomar el aire y refrescar la cabeza, y cansar el cuerpo en paseos de seis leguas á través de los campos y bosques. En el país se le acostumbraba á ver así; y los aldeanos le reconocían desde lejos por su largo gabán abotonado, sus botas altas de oficial de caballería, su cabeza algo inclinada y la rama arrancada de una viga que le servía de bastón.

regreso, habitaba en el pueblecito de Bourmont, en la casa de su madre, excelente anciana, digna hija del siglo XVIII y de la antigua vida provincial, sin temor á una broma ni á un dedo de vino. Su hijo, que la adoraba, la encontró atacada de una enfermedad que había hecho que se la prohibiesen, por los médicos, todos los excitantes, y para hacer más suaves sus privaciones, compartiéndolas, renunció él al vino, los licores y el café. Por bondad de conciencia también hacía su madre, y prestándose á sus deseos de enferma, consiguió en casarse con una prima, elegida por aquella señora, por tener propiedades comunes, tierras colindantes y cuanto renueva y acrece en provincias las familias y las fortunas.

Muerta la madre, y á disgusto ya en aquel pueblo donde nada le retenía, M. Mauperin, á quien estaba prohibida la estancia en París, vendió la casa de Bourmont, las tierras que en el país tenía, á excepción de una granja en Villacourt, y marchaba á habitar con su esposa, joven como él; á una gran propiedad que compró en el fondo de Bassigny, en Morimond. Allí poseía los restos de una gran abadía, un trozo de tierra, digno del nombre que le habían dado los monjes *Mer-au-monde* (1), un rincón de

(1) En la traducción española desaparecería la exactitud de la observación.

y hacía girar un molinete colocado en la muestra de una tahona.

Al llegar la nadadora á la escalerilla colocada en la parte trasera de la barca:

—¿Qué tal el agua, Renata?—preguntó uno de los remeros.

—Muy buena, Denoisel, gracias.

—Eres un diablo—dijo el otro—ya empesábamos á inquietarnos... ¿Y Reverchon?... ¡Ah! héte aquí.